

LA VELADA EN EL DEGOLLADO

Breve fué el intervalo que medió entre la conclusión del desfile que acabamos de describir, y la imponente solemnidad literaria que se verificó á las ocho y media de la noche en el Teatro Degollado. Hubo apenas el tiempo suficiente para que las damas y los caballeros se vistiesen sus trajes de gala. La ciudad entre tanto, ardió de un extremo á otro con profusa y brillante iluminación. Luces innumerables coronaban las azoteas de los edificios públicos y de las casas particulares, haciendo destacar con la brillantez de sus líneas, las imponentes cornisas de nuestros monumentos y la graciosa arquitectura de las habitaciones privadas. Todo era animación, luz y alegría; la población entera se agitaba en las plazas públicas; solo habían quedado recluidas las personas indispensables para velar por la seguridad de las casas.

El punto central del movimiento estaba en el gran teatro, lugar á donde se habían dado cita dos mil espectadores. Desde el caer de la tarde, comenzó á aglomerarse el gentío en el pórtico, en la plazuela que le da frente, y en las calles vecinas. Costaba trabajo abrirse paso en medio de la apiñada muchedumbre.

La comisión especial de la Junta nombrada para organizar la velada, había invitado previamente al C. Gobernador del Estado y al Ayuntamiento de la ciudad para que la presidieran; y además á los Jurados y á todos los miembros de la misma Junta, para que la autorizaran con su presencia desde el escenario. El lugar designado para la reunión fué la Casa Municipal. Allí concurren los invitados, á las ocho de la noche, y encabezados por el Sr. Lic. D. Celso G. Ceballos, Secretario de Gobierno, quien llevó la representación del Sr. Gobernador, se encaminó en cuerpo la comitiva al vasto Coliseo.

Numerosos focos de luz eléctrica distribuidos desde el pórtico hasta el foro, difundían por todas partes una claridad semejante á la del día. Bandas de música colocadas en el exterior del teatro, alegraban el espacio con sus acentos melódicos.

Nuestro gran Teatro, objeto de admiración de todos los viajeros, habíase vestido esa noche sus vestidos de gala. El golpe de vista que presentaba el foro, era imponente. Bajo decoración de cortinaje, destacábase en el fondo un gran dosel de color rojo, que ostentaba en su centro el retrato en tamaño natural del Sr. Alcalde, rodeado de banderas mexicanas y españolas. Delante de él encontrábase la gran mesa de la presidencia, detrás de la cual y á los lados, se hallaban distribuidos los sillones donde tomó asiento la comitiva. Daban acceso al foro, dos rampas alfombradas, que subían del patio, á la derecha é izquierda de la orquesta.

El adorno de las plateas, palcos y galerías era espléndido.

El primer cuerpo tenía cubiertas las columnas y antepechos con paños rojos de dorado fleco, como eran rojas también las recogidas cortinillas de las plateas. Sobre cada capitel había un canastillo de flores blancas, y coronas de laurel en el centro de los antepechos.

El segundo cuerpo tenía el mismo adorno, con la diferencia del color blanco de las telas y el plateado las columnas.

Lo mismo el tercer cuerpo, cuyas telas eran verdes.

El cuarto cuerpo tenía los antepechos y columnas forrados de tela tricolor.

El último estaba adornado con festones y guirnaldas.

El lleno fué completo. Desde las galerías hasta la orquesta, no había un solo espacio desocupado. Por todas partes se apiñaba el gentío. Era aquello una mar humana. En las plateas y palcos mirábase los hermosos rostros de nuestras más famosas beldades, quie-

nes despedían luz deslumbradora de sus pupilas. El variado color de los trajes, el incesante movimiento de los abanicos y la abundancia de luz que centellaba por donde quiera, producían una especie de deslumbramiento, semejante á un vértigo.

Instalada la comitiva, dió principio la velada.

La orquesta del maestro Altamirano, formada por 45 profesores, tocó con delicadeza incomparable el *Allegro* de la segunda sinfonía de Beethoven, y acto continuo ocupó la tribuna el Sr. Lic. D. Francisco Escudero y López-Portillo, orador oficial de la Junta.

La pieza fué breve, pero elegante y oportuna. Escuchada con religioso silencio por el auditorio, llenó su objeto á maravilla, pues interpretó con exactitud las ideas y sentimientos del pueblo en aquellos momentos solemnes.

A continuación fué ejecutado el *Intermezzo* y *Vals lento* de *Sylvia Ballet* de Leo Delibes.

Vino luego la lectura de algunos párrafos escogidos de la biografía premiada. Leyólos con voz clara y pronunciación correcta el inspirado poeta D. Antonio Berra y Castro; y en elogio de ella no puede decirse cosa mejor, sino que despertó vivo interés en el auditorio, tanto por lo elevado de sus ideas, como por lo variado de sus noticias y el encanto de su lenguaje.

Siguió el minuetto *Manon* de Massenet, cuyas delicadas bellezas no fueron perdidas para aquel público selecto.

Verificóse á continuación el reparto de premios de virtud. Fueron tres, y se adjudicaron á José Rosa Camacho, por su buena conducta; á Leocadio Rodríguez por su constancia en el trabajo, y á Pedro Chávez por su abnegación filial. Era el primero un hombre de mediana edad, vestido pobre, pero limpiamente, delgado y de pequeña estatura. Era la personificación del obrero honrado y laborioso, que ha sabido resistir á los impulsos de la pereza y el vicio. ¡Qué acto tan imponente el de premiar sus virtudes á la faz de la sociedad!

Era el segundo un anciano de cabeza blanca y fisonomía venerable; veterano encanecido en el trabajo, y que había pasado su larga vida encorvado sobre la labor, sin desfallecer un momento, sin despecho, sin ira. Había permanecido oculto hasta aquel día, confundiéndose con la multitud; pero llegó la hora de la justicia, y apareció á los ojos de la generalidad, honrado con un homenaje espléndido. ¡Bien merecido se lo tenían sus cincuenta años de trabajo incesante!

El último premiado era un joven que pasaba apenas de la edad de la adolescencia. Lleno de ternura hacia sus padres, y dominado por una santa gratitud, les ha manifestado su veneración de mil maneras: respetándolos, sosteniéndolos, y honrándolos por medio de una intachable conducta. Entre todas las buenas obras que puede ejecutar el hombre en esta vida, no hay ninguna tan alta ni tan bella, como la de amar á sus padres. ¡Bien por la sociedad que sabe discernir premios públicos á los buenos hijos! Al realizar este acto de justicia, labra los sólidos fundamentos de su bienestar, porque los pueblos son grandes cuando son nobles de corazón las familias que los forman.

Nuevo fué y grandioso este espectáculo. Al presenciarlo, latieron emocionados los corazones, y se nublaron los ojos con ágrimas. ¡Qué importa que la recompensa haya sido sólo de diez pesos y un diploma para cada uno de los agraciados! El premio verdadero no fué este, sino la exaltación ante los ojos del público; de aquellos ciudadanos beneméritos, por las causas que en su honor se pregonaron.

Tocó su vez al *Himno Musical* premiado, cuyo autor fué Don Emilio Mondragón. Verdaderamente grandiosa fué la ejecución de esta obra, en la cuál tomaron parte cincuenta y cuatro niños y niñas del Hospicio, veinte cantores, y la música del 20 Batallón en combinación con la orquesta. Llevó la batuta el mismo autor desde lo alto del foro. Es indiscriptible de todo punto el gran efecto que produjo aquella masa inmensa de sonidos, cuando, bajo la dirección

del maestro, rompió de repente en estruendo imponente y armonioso. A juicio de los inteligentes, es la obra verdaderamente notable, así por su inspiración como por el conocimiento científico con que está armonizada é instrumentada. La verdad es que aquellas notas triunfales parecían dignas de la gloria que cantaban.

Transcurrido un intervalo de quince minutos, comenzó la segunda parte de la velada, con *Un día en Viena* de Suppé.

Leyó luego el Sr. D. Alberto Santoscoy algunos párrafos de la memoria premiada, haciéndose notar ésta por la fidelidad de las descripciones, la profusión de los datos y la exactitud de los detalles, que no parecía sino que el auditorio se hallaba trasportado á los lejanos tiempos descritos por el autor.

La graciosa pieza *Pizzicati* de *Sylvia Ballet* de Léo Delibes, que ha alcanzado tanta popularidad en nuestro público, fue recibida con una salva de aplausos.

Acto continuo, presentóse en la tribuna el conocido actor Don Joaquín Rosado, quien leyó con voz robusta la bellísima poesía premiada, que fué trepitosamente aplaudida.

La ejecución del *Larghetto* de la 2.^a Sinfonía de Beethoven, no dejó nada que desear. De la obra en sí nada hay que decir, como que es tenida por una de las más inspiradas de ese maestro de los maestros.

En seguida, y por ausencia de uno de los oradores, resonaron los arrobadores acentos de *La Farandole*, de Teodoro Dubois, y á continuación se verificó el reparto de premios á los autores de las obras en el orden siguiente:

BIOGRAFIA.

(Premio de la Junta Organizadora).—Premio, Sr. Lic. D. Luis Pérez Verdía: diploma y cien pesos.
Accesit, Sr. Lic. D. José Villa Gordo, diploma.

MEMORIA.

(Premio del V. Cabildo).—Premio, Sr. D. Alberto Santoscoy: diploma y doscientos pesos.

Accesit, Sr. Lic. D. Victoriano Salado Alvarez: diploma.

POESIA CASTELLANA.

(Premio del Ayuntamiento).—Premio, Sr. D. Manuel M. González: diploma y setenta y cinco pesos.

Accesit, Sr. D. Antonio Becerra y Castro: diploma y veinticinco pesos.

HIMNO.

(Premio del Gobierno del Estado).—Premio, Sr. D. Emilio Mondragon, diploma y cien pesos.

Concluyó el acto con la ejecución de la hermosa *Marcha Danesa* á la una de la mañana, hora en que se disolvió aquella selecta y brillante reunión, que se llevó consigo gratísimos recuerdos de fiesta tan significativa cuanto hermosa.